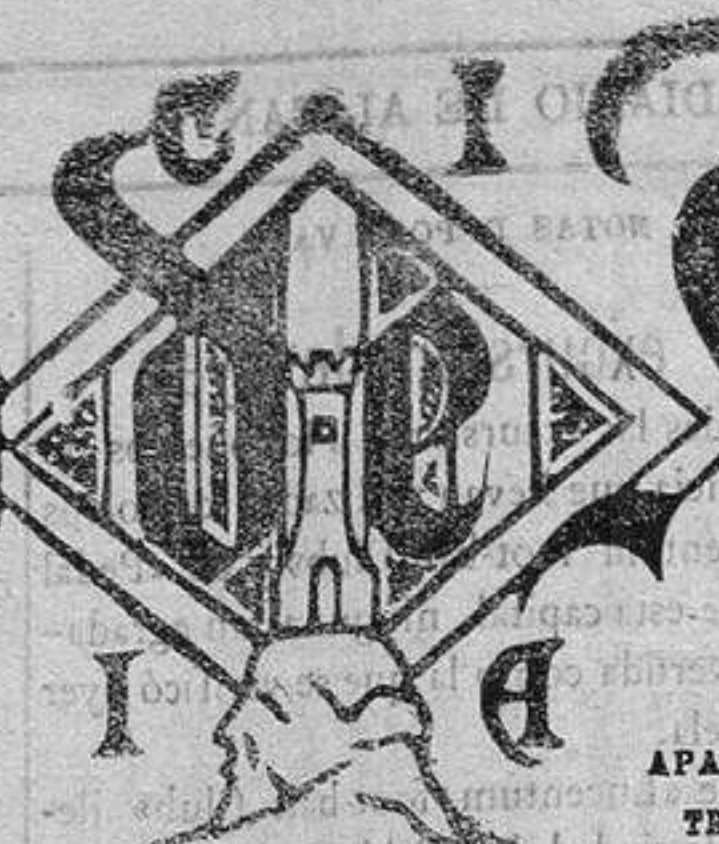


# Diario de Alicante



En Alicante, an mes. 1.40 P. 5 CÉNTIMOS  
España, trimestre. 5 " Número suelto

APARTADO EN CORREOS  
TELÉFONO NÚM. 175

A CORRESPONDENCIA, AL DIRECTOR  
ENVIO DE VALORES, AL ADMINISTRADOR

Redacción y Administración  
San Fernando, 30.

Año VII

ALICANTE: Lunes 7 de Abril de 1913

Número 1821

LOS CONCIERTOS DE LA SINFÓNICA

## Un gran triunfo de Oscar Esplá

En el tercer concierto de abono que la Orquesta Sinfónica verificó ayer noche, en el Teatro Real de Madrid, celebróse el estreno de la obra de Oscar Esplá «El sueño de Eros». El joven paisano nuestro alcanzó un triunfo unánime y clamoroso. A requerimientos del público repitió la orquesta famosa la interpretación del poema sinfónico y Oscar Esplá escuchó una efusiva y entusiástica ovación como homenaje merecido a los méritos y hermosura de su obra.

Conocida, estudiada por los profesionales y la crítica la admirable labor artística del compositor alicantino; premiados sus méritos extraordinarios en un concurso extranjero, cuando habían acudido a él compositores de la más famosa nombradía, a Oscar Esplá faltábale tan solo la llamada consagración del público y esta la ha hallado cumplida y clamorosa en el Teatro Real de Madrid y en un concierto en que su nombre iba unido a los gloriosos de Beethoven, Wagner y Strauss.

El público madrileño, tan inteligente y tan culto ese público harto temido de los artistas por la severidad de sus fallos—, ha sabido comprender, en una sola audición, toda la grandiosidad y belleza del poema sinfónico de Oscar y ha exteriorizado su justo juicio en prolongadas y ruidosas ovaciones.

No queremos olvidar el triunfo de la obra de nuestro compañero, de nuestro fraternal amigo. El público de Alicante—de este amado Alicante que hoy se enorgullece del triunfo de Oscar—, podrá por sí juzgar los merecimientos de «El sueño de Eros», cuando en el próximo mes de Mayo lo interprete en nuestro Teatro Principal, la Orquesta Sinfónica, bajo la dirección admirable del maestro Arbós.

Hoy limitémonos, al dar cuenta del éxito de nuestro amigo, a enviarle nuestra cordial felicitación, nuestro saludo cariñoso y a enviar, también, nuestros sinceros plácemes al insigne maestro Arbós y a los notables ejecutantes que dirige por la admirable interpretación que concedieron, según nuestros informes, al poema sinfónico de Oscar Esplá.

La redacción de DIARIO DE ALICANTE ofrece sus parabienes a D. Trino Esplá por el éxito que ha alcanzado su hijo.

Entre los muchos telegramas llegados hoy a Alicante, participando el triunfo de nuestro compañero, queremos insertar el siguiente recibido por nuestro muy querido amigo D. Trino Esplá:

«Enviamos entusiasta felicitación después oído poema sinfónico de Oscar que ha sido repetido y aclamado en el Real.—Francos Rodríguez, Luis Arenas, Francisco Soto.»

También en nuestra redacción se ha recibido un telegrama de nuestro director Emilio Costa que nos participa la grata nueva en los siguientes términos:

«Éxito grande. Oscar fué aclamado. Repetición obra.»

El digno Alcalde de Alicante, don Edmundo Ramos, apenas supo la noticia del triunfo de Oscar Esplá, le ha dirigido, en nombre de la ciudad, un efusivo telegrama de felicitación.

Café-Restaurant del Comercio  
PLATO DEL DÍA  
MAÑANA MARTES  
Boulevard a la financier

## ANDANZAS Y LECTURAS

# Lo del Van der Goes

Digamos dos palabras sobre el famoso asunto del Van der Goes. En la prensa se ha producido un estruendoso clamor a propósito de la venta de este cuadro; se han escrito multitud de artículos; se han peregrinado brillantes crónicas; se han hecho pintorescas informaciones; han surgido personalidades que han ofrecido cantidades diversas; se ha abierto una suscripción; propúsose la celebración—¿cómo no?—de una corrida de toros; en suma, las proposiciones, protestas, gritos de indignación, trazas y arbitrios mil han resonado, en pintoresca greguería, a través de toda España. La suscripción abierta, en lo más álgido de este movimiento, alcanza sólo unos miles de pesetas. ¿Qué pensarán de nosotros los españoles que nos siguen nuestras evoluciones desde lejos? Con todo este estrépito, después de tantas férvidas apelaciones al patriotismo, luego de tan ardientes imprecaciones sólo hemos podido reunir unos cuantos miles de duros. Es esto todo lo que da España de sí? ¿Es esto todo lo que pueden hacer producir sobre la opinión las sugerencias de sus políticos, sus aristócratas, sus escritores, sus artistas? Toda España puesta en conmoción, atronada a gritos, ¿no puede dar más que estas pesetas, en un asunto de honor nacional, como se ha dicho?

Esta es la primera observación que hemos de hacer. Segunda observación: la ansiedad de retener en casa el cuadro de esta obra no reputamos por digno de bullicio y verbalista. Pura hinchazón del más puro siglo XVII. El cuadro de Goes no es español; no representa nada, absolutamente nada en nuestro espíritu, en nuestra ideología estética. Así lo ha dicho Ramón M. Tenreiro, en «El Liberal», escribiendo sobre el caso unas de las pocas líneas discretas que en esta liviana beraunda se han escrito. No representa nada español el cuadro de Goes; nuestro Museo del Prado, aparte de esto, no es tampoco un Museo de serie, evolutivo, donde se pueda estudiar la historia de la pintura; es un Museo de grupos aislados de pintores. Si fuera un Museo de serie, y en él hubiera una laguna (la de ese primitivo alemán) se comprende que clamáramos para que un cuadro determinado (hora el de Goes) no saliera de España y fuera al Museo. Pero podemos pasarlos sin Vander Goes, como nos pasamos por ejemplo, sin Botticelli. En nuestro Museo existen muchos claros, muchas lagunas; faltan en él pintores de primera magnitud; algunos de ellos, si no están ausentes por completo, se hallan pobremente representados.

Pero ¿qué le vamos a hacer? De desear sería que en nuestra pinacoteca figuraran todos, absolutamente todos los grandes pintores del mundo. De desear sería que en los muros estuvieran expuestos Van der Goes, Botticelli, Rembrandt, (del que poseemos escasa muestra), Giorgione, etcétera, etc. Si no tenemos en el Museo del Prado, bien representados o simplemente representados, a estos pintores, ¿cómo pasa nuestra falta de medios, al azar, al descuido, o a lo que sea lo inexplicable es que ahora, con motivo de un primitivo alemán, queramos hacer cuestión nacional, cuestión de honor, el retenerlo en tierra española. ¿Por qué cuestión nacional? ¿En qué modo ha de afectar a nuestra honra o a nuestro gusto artístico el que un determinado cuadro (no español ni de primer orden) salga o no salga de España?

A juzgar por las fotografías, en el cuadro de Goes habrá mucho que rebajar de los delirantes hipótesis con que se le ha exaltado; no parece sino que genio humano no ha producido una más portentosa maravilla. Mejores que el cuadro de Goes la hay entre los primitivos del museo del Prado; mejores son, por ejemplo, los de Patinir y Petrus Christus. Se reco-

nocer así; pero a seguida se añade el vano tópico de que el Van der Goes representa un momento interesante en la historia del arte. Pero además, ya hemos dicho que nuestro Museo no es una colección evolutiva. Y después de esto, habría también que discutir si los Museos están hechos—deben estar hechos—para estudios que lección (cosa antipática) o para solaz y placer espiritual.

Este es la segunda observación. Tercera observación: se dice que todo este movimiento es consolador, porque induce a despertar de la conciencia artística, un renacimiento estético. No vamos a tal conciencia artística por ninguna parte. Hechos y no palabras. En España existe un núcleo reducido—de hombres de gusto artístico, apasionados por las cosas de la belleza; mas, en general, la gran masa (pueblo, burguesía y aristocracia) carece de toda noción de arte. ¿Dónde está, por ejemplo, el buen gusto estético en la aristocracia de la sangre y en la de la poltrona? Si damos una vuelta por los ministerios, por el Congreso, por el Senado, veremos una porción de retratos que son verdaderos mamarrachos; hay en España buenos pintores que pudieran pintar excelentes retratos de personajes; pero los que mandan hacer estas pinturas oficiales, no son capaces a veces, de distinguir un retrato de Goya de otro de Orbanceja (y lo mismo les da uno que otro), otras veces, sin saber distinguir de pintura, dan el encargo de pintar tales obras a cualquier mamarracho que se les comienda poderosamente, o que es pariente de ellos, o deudo de un amigo. Vergüenza causa contemplar los retratos expuestos en el Congreso, en el Senado, en el ministerio de la Guerra, en el de Gracia y Justicia.

¿Dónde está el espíritu artístico de nuestra aristocracia y de nuestra burguesía? Las damas de nuestra aristocracia se hacen retratar por Moreno Carbonero o por Pablo Béjar; sus salones se decoran con lienzos de Garnelo. Y es preciso ver lo maltratadas que quedan la elegancia, la sobriedad, la nobleza, en el mueblaje, disposición y accesorios de estos palacios. No; en este movimiento no se ha despertado ningún espíritu dormido; ha habido algunas voces discretas y generosas, bien orientadas (como las de Cavia y Castrovido) y ha habido, como en todo bullicio, gentes que se entremezclan en las discusiones de artistas y literatos con ánimo de exhibirse y pavonearse.

Esta es la tercera observación. Cuarta observación: ¿cómo vamos a dar millón y medio de francos por un cuadro cuando no tenemos dinero para otras urgentes necesidades? Ya hemos visto que, en realidad, el intento ha sido vano; a penas se han podido reunir unos cuantos miles de pesetas. Pero aun cuando pudiéramos reunir el precio del Van der Goes, ¿no sería absurdo gastar esa gran suma en rescatar un cuadro extranjero a la par que dejáramos perder, arruinarse, aniquilarse una porción de riquezas artísticas españolas? ¿Qué autoridad tenemos para pedir que un cuadro alemán se quede en España, cuando tenemos el Museo del Prado en la situación lamentable en que se halla? La impresión que a un extranjero puede darle un paseo por la galería del Prado, es la de que ese Museo, a nosotros, los españoles, no nos importa nada. Un detalle: hace más de un mes que en la salida de Murillo estamos viendo desgarrado, roto, el damasco del pequeño diván central; allí está interpertrito aquel asiento con su desgarrada miserable, en pleno Museo del Prado.

¿Es que no hay las pocas pesetas que pueda costar la renovación del forro del diván? Eso es sencillamente, negligencia o pobreza. ¿Negligencia con Director, subdirector, Patronato, etc., etc.? Y si es pobreza: ¿cómo vamos a hacer los juicios con un millón de francos si no tenemos cinco-

cientos pesetas para evitar una vergüenza épileno Museo, en nuestro primer Museo, en uno de los más gloriosos Museos del mundo? Y no hablamos de otros muchos descuidos, sordidaces, torpezas y negligencias relativas al Museo del Prado. Don José Lázaro en varias ocasiones (una de ellas, en «El Imparcial» de 11 y de 26 de enero de 1911); don José Lázaro individuo acuosamente—según creemos—del Patronato, ha disertado eloquentemente sobre la materia.

Pero no es solo el caso del Museo el que—desgraciadamente—puede citarse; bellos edificios que echamos abajo, calles pintorescas que despanzurramos en holocausto de una absurda simetría, puentes monumentales que sustituimos por otros de hierro, jardines que talamos, paisajes que destruimos, palacios que vendemos a los extranjeros y estos se llevan lejos de España, cuadros que dejamos pudrir y ahumar en las iglesias (como estos pobres frescos de San Antonio de la Florida), tapices riquísimos que venden tales o cuales aristócratas. No termináramos jamás la triste enumeración. Toda España es Bécota. ¿Cómo mientras vendemos o dejamos aniquilar nuestras riquezas artísticas, aquellas obras en que realmente alienta el espíritu de nuestro pueblo y de nuestra raza; cómo, mientras todo esto (paisajes, palacios, cuadros, tapices, libros) va destruyéndose por nuestra incuria y nuestra barbarie, o va emigrando de España, vendido por nosotros; cómo nos quedamos en estruendosa greguería ante la venta de un cuadro, no español, ni mejor de otros que tenemos en nuestro Museo? ¿Qué pensará de nosotros quien observa de lejos este abigarrado, incongruente, absurdo espectáculo? Y esta es la última observación que tenemos que hacer. —AZORIN.

## Una suscripción

para la viuda e hijos de D. Heliodoro Peflesco, viudita asinada en Argamasilla de C. a través por el caciquismo monárquico de dicho pueblo:

	Ptas.	Cts.
Suma anterior.	44	
D. Eleuterio Sánchez.	50	
> Antonio Sánchez.	50	
> Manuel Santiago.	2	
> Antonio Rico.	10	
> Francisco Planelles.	50	
> Vicente Jordá.	1	
> Julio Ibáñez.	5	
> Pascual López.	1	
> Enrique López.	2	
> Fidel Milanés.	1	
> Pascual Orts.	3	
> Un Lerroxista.	1	
Total.	71	50

Se admiten donativos en la conserjería del Círculo Republicano Radical, Llorna 11, por insignificantes que sean.

## Notas militares

Han regresado a Orihuela los capitanes de Infantería don Santiago Laiz Fernandez, don Juan González Ballesta y don Agustín Mateos G. roía

El primero ha actuado como fiscal en el Consejo de Guerra que se celebró el sábado en el cuartel de Benalúa contra José María Rodríguez Eugenio, vecino de Dolores; y el segundo ha defendido a dicho procesado.

El señor Mateos García es el Juez que instruyó la causa, cuyo vista ha tenido lugar.

Hasta que el excelentísimo señor Capitán general de la región no apruebe el fallo, no se conocerá en definitiva la sentencia.

## Radio-telegrafistas

Preparación rápida y segura para obtener el Título Oficial del Estado.—En seis meses han obtenido ventisiete excolegados todos los alumnos presentados y autorizados para ello, en las Compañías Marconi y Nacionales.

Transmisión y recepción auditiva.—Teoría y prácticas diarias.

Informes: M. Teixeira, Calderón de la Barca, 29, 3.ª d. —Alicante.

PÁGINAS MADRILEÑAS

## El dinero de los libros

Ha estado hablando con varios editores madrileños a propósito de lo que producen en España los libros. Y me ha quedado asombrado al ver que no hay más que en leyenda ese desastre editorial de que se habla constantemente en nuestra patria. Lejos de ello, los editores (y esto ya es un dato tratándose de comerciantes) se hallan muy contentos todos de su negocio, y algunos, como Fernando Fé, me han afirmado que el negocio «va a mejor».

Yo no sé si es cierta la afirmación de los que dicen que en España no se lee. Solo sé que esas editoriales tan fuertes y poderosas como «Renacimiento» tiran cada día más ejemplares de sus obras. Rodeadas, el inteligente secretario de la popularísima biblioteca, me dijo días pasados, en una visita que tuve el honor de hacerles en nombre del DIARIO DE ALICANTE, contestando a preguntas mías: «Tiramos de diez a doce mil ejemplares de las obras de Trigo, que es el que más se vende; ocho a diez mil de las de Ricardo León y seis u ocho mil de las de Baroja, que cada día gusta más. Y en cuanto a nuestro negocio estamos satisfechísimos: lo dicen estos datos. En los tres años que llevamos de vida, hemos vendido, en el primero, cien mil libros; ciento sesenta mil en el segundo y trescientos mil en el tercero».

Suponed, queridos lectores, la suma formidable de pesetas que representa esa cantidad de libros vendidos. Y añadid a ella la que suma los libros vendidos por los demás editores de España, que son muchos. ¿Por qué el escritor, pues, apesadumbrado por la mala suerte que le gana con la literatura de cuarenta a sesenta mil pesetas anuales; y eso—añadido yo,—siendo el genial autor de «Las Ingenuas», el escritor que más gana en España.

En cuanto a Baroja, Ricardo León, Alberto Insúa y la Pardo Bazán, estoy seguro que ninguno de ellos ha de contar con los productos de cualquier zarzuelero de quinta clase... ¿Es lo que dirán los editores? ¡Mientras éstos escriban...!

ANTONIO GUARDIOLA.

Madrid 4 Abril 913.

CONFERENCIAS CULTURALES

## En el Centro de Sociedades Obreras

La higiene profesional del obrero.

La conferencia de ayer en el Centro de Sociedades Obreras de la calle de Castaños estuvo a cargo del joven e ilustrado médico don Emilio Aramburo, que disertó acerca de la «Higiene profesional del obrero», y que fué escuchado con delicia por una numerosa concurrencia.

Varios distinguidos compañeros míos de profesión—comenzó diciendo el conferenciante—han desfilado ya por esta tribuna y os han hablado eloquentemente de la tuberculosis, del alcoholismo etcétera, etc: hablaros de todo esto es hablaros de higiene.

Sobre el mismo tema me propongo insistir examinando, aunque sea someramente, las causas de las dolencias comunes a todos los obreros y las que se producen por efecto del oficio, a que cada uno se dedica.

Durante el siglo XIX se operó una rápida revolución en la industria: los medios de comunicación ganaron una velocidad hasta entonces desconocida e inencontrable; la fuerza mecánica substituyó a la fuerza del hombre; la calefacción se produjo con aparatos perfeccionados y útiles a numerosas aplicaciones fabriles.

Y a medida que todas estas ventajas iban surgiendo aumentaban los peligros de enfermedades para los obreros, por su constante contacto con las máquinas, por que iban agrupándose estos en fábricas muchas veces estrechas y mal dispuestas,





